

## Presentación

En 1970, un año después de la muerte inesperada de Theodor W. Adorno, se publicaba de manera póstuma el que iba a ser uno de los textos fundamentales para la estética del siglo xx. Cuando se cumplen cuarenta años de la aparición de *Teoría Estética*, queremos celebrar aquí uno de sus muchos logros. Además de sus aportaciones a una comprensión más lúcida y crítica del arte, y su exploración de las relaciones entre ética y estética, el libro de Adorno resultó también fundamental para rehabilitar una vieja disciplina que había sido largamente olvidada por la academia: la estética de la naturaleza.

Basta con ojear los textos que forjaron la estética como disciplina filosófica autónoma a lo largo del siglo XVIII, los ensayos de Shaftesbury, Burke o Hume, o la gran síntesis sistemática de Kant, para constatar en sus páginas que el arte y la naturaleza eran por igual objeto de la reflexión estética. El concepto de belleza se explicaba aludiendo a la pintura de paisaje o al paisaje que inspiró la pintura, a la música o al galopar de los caballos, a la antigua poesía griega o a robles y ruiseñores. Arte y naturaleza compartieron la misma mirada estética y las preguntas filosóficas durante todo el siglo, y esa amplitud de la disciplina la hizo más compleja y más intensa. Sin embargo, con la llegada del XIX, Hegel reclamó para el arte la exclusividad de la reflexión estética.

A partir de entonces, la estética de la naturaleza sobrevivió lejos de las solemnes aulas de la universidad, convertida en un pensamiento marginal cultivado por los filósofos más extraños e irreverentes, como Schopenhauer o Nietzsche, o desarrollado por pensadores que no eran filósofos académicos, como el escritor Henry David Thoreau, el naturalista John Muir o el ingeniero Aldo Leopold. Durante un siglo y medio fue un pensamiento subterráneo, y sin embargo efectivo, pues contribuyó al desarrollo de la conciencia ecologista y a la creación de los parques nacionales como estrategia de conservación de la naturaleza.

Hasta que, finalmente, en los años sesenta y setenta del pasado siglo, esas décadas que tantas instituciones, tradiciones y fuentes de autoridad pusieron en cuestión, se produjo la rehabilitación de la estética de la naturaleza. El con-

texto era propicio: el surgimiento del movimiento ecologista, los viajes al espacio que permitían por primera vez contemplar la Tierra desde el exterior, o la aparición de nuevas corrientes artísticas como el land art. Y dos autores supieron aprovechar ese contexto para lograr que la vieja disciplina regresara a la academia: Theodor W. Adorno a la filosofía continental, y Ronald Hepburn a la analítica. De esta manera, la estética recuperaba de nuevo la amplitud temática con la que nació, al mismo tiempo que también se expandía para acoger fenómenos como la publicidad, la moda o el diseño. Se producía así el definitivo descentramiento del arte.

El resurgir de la belleza natural fue especialmente bienvenido por toda una serie de disciplinas que venían ocupándose de la apreciación estética de la naturaleza desde perspectivas muy diferentes, y echando en falta el enfoque filosófico: la geografía, la historia del arte, la literatura, la ingeniería, la arquitectura, el urbanismo, el diseño de parques y jardines, etc. De modo que la renovada estética de la naturaleza no ha tardado en encontrar compañeros de viaje.

Cuarenta años después, es ya tiempo de comenzar a hacer balance de los logros de nuestra disciplina. Cualquier ojeada a las publicaciones de estos últimos años mostrará que existen debates intensos y vivos, desarrollados por un nutrido grupo de especialistas y una gran diversidad de pensadores procedentes de territorios limítrofes. En este número monográfico hemos querido hacernos eco de tales trabajos y ofrecer un panorama de las principales líneas de investigación que a su vez contribuya a difundirlas. Este volumen tiene un marcado carácter interdisciplinar: los artículos firmados por filósofos se alternan con los de geógrafos, ingenieros e historiadores del arte, de un modo que permite hacer visibles las afinidades, las colaboraciones y los contrastes.

Debemos advertir al lector que no encontrará en la sucesión de los artículos un desarrollo lineal de los temas, sino una constelación de problemas que reaparecen una y otra vez con enfoques diversos en los diferentes trabajos; un conjunto de ideas que se evocan unas a otras; y un entramado de relaciones y ecos que le invitarán a leer y releer los textos en órdenes distintos. Si se aviene a jugar con ellos, descubrirá una fértil trama donde la ingeniería dialoga con la literatura, la historia del arte con la geografía, y las preguntas filosóficas son planteadas por las voces más diferentes.

Abre el número María José Alcaraz, profesora de estética en la Universidad de Murcia y especialista en la obra de Arthur Danto. Alcaraz analiza en su artículo la tesis defendida por la estética positiva de la naturaleza, según la cual la naturaleza sólo posee cualidades estéticas positivas, y la pone en cuestión, planteando de manera polémica y muy sugerente las consecuencias que dicha tesis o su negación tendrían para las relaciones entre ética y estética.

El siguiente artículo es de Emily Brady, filósofa que actualmente trabaja en el Instituto de Geografía de la Universidad de Edimburgo, y sin duda una de las mejores expertas internacionales en la materia, a la que está aportando un enfoque muy original. Contra las teorías de Allen Carlson, el filósofo cana-

diense que durante décadas ha centrado las discusiones en la estética analítica de la naturaleza, y que defiende que la apreciación estética de la naturaleza necesita del conocimiento que proporcionan las ciencias naturales y en cambio no debe dejarse influir por el arte, Brady ha construido una sólida teoría alternativa que coloca la imaginación y no el conocimiento como el elemento fundamental en nuestra apreciación estética de la naturaleza. En el texto que aquí nos ofrece, realiza una defensa de la existencia de fealdad en la naturaleza, y afirma que el reconocimiento de esa fealdad, y así, de la diversidad de cualidades estéticas en la naturaleza, hará más rica y más intensa nuestra apreciación de los entornos naturales.

El tercer texto aborda las interrelaciones entre ética y estética de la naturaleza. Su autor es Ignacio Español, profesor en la Universidad Politécnica de Madrid, e ingeniero experto en impacto paisajístico de las infraestructuras, bien conocido desde hace años en los foros de debate sobre protección de paisaje. Desde la perspectiva de un ingeniero, en el sentido tradicional de una profesión que aúna valores humanísticos, científicos y técnicos, Español analiza en qué consiste la apreciación estética de la naturaleza, y de qué maneras podría traducirse en una toma de conciencia de los problemas medioambientales.

Ese es también el tema del artículo de Thomas Heyd, filósofo de la Universidad de Victoria, que junto con Brady es una de las principales voces internacionales de la estética de la naturaleza. Heyd, que se mueve con familiaridad entre la filosofía analítica y la continental, y entre las culturas española, alemana y canadiense, defiende en este trabajo que la apreciación estética de la naturaleza puede conducir a una mayor conciencia medioambiental. Para estudiarlo toma como ejemplo el caso de los jardines botánicos, que presenta como laboratorios de experimentación donde los seres humanos y la naturaleza ensayan nuevas formas de colaborar y convivir.

En el siguiente texto, Mikel Iriondo, profesor de estética en la Universidad del País Vasco y especialista en filosofía de la literatura, toma la obra de ese escritor marginal y extraño que fue Robert Walser para mostrarnos cómo puede la literatura hablar de la belleza natural. Iriondo nos presenta la fascinante mirada de Walser sobre el paisaje y en especial su personal concepción del caminar por la naturaleza; su voz es sin duda imprescindible para pensar esa actividad que hoy en día algunos creadores han convertido en paradigma de un arte integrado en la naturaleza.

Federico López Silvestre, historiador del arte en la Universidad de Santiago de Compostela, que lleva años investigando sobre cuestiones de paisaje y cultivando algunos territorios muy fértiles, como el paisaje en el cine, nos ofrece aquí otro enfoque necesario. En un momento en que diversos autores están defendiendo las bases naturales de la capacidad humana para crear y apreciar arte, del gusto y el sentido de la belleza, López Silvestre recurre a Darwin para analizar cuáles eran sus ideas acerca del origen natural de la apreciación estética y la creación artística.

Algunas de las principales exposiciones recientes que han abordado temas de paisaje y naturaleza son analizadas en el siguiente trabajo por Pedro Medi-

na, especialista en arte contemporáneo, crítico de arte y curador, quien nos muestra la riqueza y la complejidad de las ideas que los artistas actuales están aportando. Medina toma algunas obras como punto de partida para replantearse cuáles son las categorías estéticas más apropiadas con que hablar hoy de paisaje, si todavía tiene sentido el concepto de sublime, y si deberíamos incorporar nuevos conceptos como el de nostalgia.

Francesc Muñoz, profesor de geografía en la Universitat Autònoma de Barcelona y director del *Máster en Intervención y Gestión del Paisaje*, reflexiona sobre la forma contemporánea de urbanización del territorio y generación de paisajes, que él describe con el concepto de UrBANALización. Su texto, que no versa específicamente sobre entornos naturales, sino de una manera genérica sobre creación de paisajes, denuncia la forma como los paisajes actuales están cada vez más desarraigados del territorio sobre el cual se construyen.

Joan Nogué, uno de los geógrafos que más ha trabajado en nuestro país el concepto de paisaje, catedrático de geografía humana en la Universitat de Girona, y director del *Observatori del Paisatge de Catalunya*, realiza una reflexión sobre el paisaje y sus relaciones con el territorio, la cultura y la historia buscando vínculos entre geografía y filosofía. Nogué nos invita a preguntarnos por qué existe actualmente tanto interés por este tema, y a analizar de qué maneras la sociedad civil se identifica con paisajes concretos. Las respuestas que propone a esas preguntas son la puerta abierta a un fascinante debate sobre las relaciones entre paisaje e identidad.

Salvador Rubio, profesor de estética en la Universidad de Murcia, y conocido especialista en la obra de Wittgenstein, recurre a este autor para rescatar algunas consideraciones acerca de la apreciación estética, y de la relación entre naturaleza y arte, en un trabajo tan riguroso como original y sugerente. Rubio encuentra en Wittgenstein la sorprendente invitación a mirar el arte como miramos la naturaleza, y la desarrolla en un artículo que avanza hacia el corazón de la estética, para proponer que un sentido básico de la estética y nuestra humanidad son mutuamente constituyentes.

El último artículo, escrito por Marta Tafalla, profesora de estética en la UAB, retoma el debate creado por Allen Carlson al afirmar que el arte no puede enseñarnos a apreciar estéticamente la belleza natural. El artículo analiza las razones de Carlson y las diferentes críticas que ha recibido, para defender que, al menos en algunos casos, el arte sí nos ayuda a apreciar mejor la naturaleza. Richard Long es el artista que se toma aquí como ejemplo de un arte que puede ser una buena guía para nuestro descubrimiento de los entornos naturales.

Cierran el número un conjunto de reseñas de algunas publicaciones recientes, que esperamos ayuden a los lectores a acabar de perfilar un mapa de esta renovada materia.

El origen de este monográfico se halla en el *III Workshop sobre Experiencia Estética*, que tuvo por tema *La Experiencia Estética de la Naturaleza*, y fue organizado por el proyecto de investigación *La historicidad de la experiencia estéti-*

*ca II: continuidad y discontinuidad entre experiencia estética y sentido moral*, FFI2008-04339/FISO, y celebrado en la Universitat Pompeu Fabra en otoño de 2008. Aprovecho para agradecer a Jordi Ibáñez su generosa hospitalidad en aquel encuentro, así como a todos los conferenciantes y al público asistente la intensidad de los debates. Agradezco a todos los autores que participan en este número su amable disposición, y el entusiasmo vertido en esta *rara avis* que es un monográfico sobre estética de la naturaleza. Asimismo, agradezco al Departamento de Filosofía de la UAB su permanente apoyo al proyecto común que es ENRAHONAR, y que se encuentra a punto de cumplir nada menos que 30 años de historia.

Marta Tafalla  
Universitat Autònoma de Barcelona